



Compromiso del día 6

Leer y meditar los siguientes textos:

De los favores que la Virgen concedió a Santa Brígida

Santa Brígida, nacida en Suecia de familia noble, mostró su bondad y devoción desde muy temprana edad, y desde entonces, fue favorecida por el Cielo con gracias místicas, visiones, revelaciones y coloquios con el Señor y la Santísima Virgen María, a quien amaba entrañablemente.

Antes de cumplir catorce años, la joven contrajo matrimonio con Ulf Gudmarsson, quien era cuatro años mayor que ella. Dios les concedió veintiocho años de felicidad matrimonial. Tuvieron cuatro hijos y cuatro hijas, que, a ejemplo de su madre, vivieron una vida llena de piedad; excepto su hijo mayor, Carlos, quien con su vida desordenada hizo sufrir mucho a su buena madre. La santa recibió grandes favores del Altísimo, como la curación milagrosa de su marido, por eso, ambos esposos prometieron consagrarse a Dios, y poco después, murió su esposo en un convento. Santa Brígida abandonó los vestidos lujosos, y llevó una vida de oración y penitencia.

Brígida emprendió una peregrinación a los Santos Lugares, acompañada de sus hijos Carlos, Bingerio y Catalina. Comenzando la expedición, Carlos –que ya estaba casado– se enamoró de la reina Juana I, cuya reputación, pese a estar también casada, era muy dudosa. La esposa de Carlos vivía aún en Suecia y el marido de Juana estaba en España; ésta quería contraer matrimonio con el hijo de la santa y la perspectiva no desagradaba a Carlos. Su madre, horrorizada ante tal posibilidad, intensificó sus oraciones.

Poco después, murió el primogénito de la santa, y esta temía por su eterna salvación. Mas la bienaventurada Virgen le reveló que Carlos se había salvado por el amor que le había profesado y Ella misma le había asistido en la agonía, sugiriéndole los actos que debía hacer. Contó la Santísima Virgen a Brígida cómo había sido la muerte de su hijo: “Guardé su alma de tal manera de sus mortales enemigos los demonios, que ninguno de ellos la pudiese tocar; pues al punto que salió (el alma) del cuerpo, la recibí en mi guarda y defensa; y habiendo hecho esto, toda la turba de los demonios, que por su malicia deseaban tragarla y eternamente atormentarla, huyeron despavoridos.” Al mismo tiempo vio la santa a Jesucristo en trono de majestad y que el demonio presentaba dos quejas contra la Virgen María: la primera, que le había impedido tentar a Carlos en la hora de la muerte, y la segunda, que había presentado su alma ante el tribunal de Jesucristo y lo había salvado sin darle ocasión de exponer las razones con que pretendía hacer presa el alma de Carlos. Vio, en fin, cómo el juez lanzaba de su presencia al demonio y abría las puertas del Cielo al alma de su hijo.

EL EJEMPLO DE LOS SANTOS PADRES:

Considera bien los heroicos ejemplos de los Santos Padres, en los cuales resplandece la verdadera perfección y religión, y verás cuán poco o casi nada es lo que hacemos.

¡Ay de nosotros! ¿Qué es nuestra vida comparada con la suya?

Los santos y amigos de Cristo sirvieron al Señor en hambre, en sed, en frío y desnudez, en trabajos y fatigas, en vigiliias y ayunos, en oraciones y santas meditaciones, en persecuciones y muchos oprobios.

¡Oh! ¡Cuán graves y muchas tribulaciones padecieron los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y todos los demás que quisieron seguir las pisadas de Jesucristo!

Pues en esta vida aborrecieron sus vidas para poseer sus almas en la eterna.

¡Oh! ¡Cuán estrecha retirada vida hicieron los Santos Padres en el yermo! ¡Cuán largas y graves tentaciones padecieron! ¡Cuán ordinarios fueron atormentados del enemigo! ¡Cuán continuas y fervientes oraciones ofrecieron a Dios! ¡Cuán rigurosas abstinencias cumplieron! ¡Cuán gran celo y fervor tuvieron en su aprovechamiento espiritual! ¡Cuán fuertes peleas pasaron para vencer los vicios! ¡Cuán pura y recta intención tuvieron con Dios!

De día trabajaban, y por la noche se ocupaban en larga oración; y aunque trabajando, no cesaban de la oración mental.

Todo el tiempo gestaban bien; las horas les parecían cortas para darse a Dios; y por la gran dulzura de la contemplación, se olvidaban de la necesidad del mantenimiento corporal.

Renunciaban a todas las riquezas, honras, dignidades, parientes y amigos; ninguna cosa querían del mundo; apenas tomaban lo necesario para la vida, y les era pesado servir a su cuerpo aun en las cosas necesarias.

De modo que eran pobres de lo temporal, pero riquísimos en gracia y virtudes.

